

VALOR Y SINVALOR DE LA PAMPA COMO ELEMENTO ESTÉTICO

Por **HORACIO J. DE LA CÁMARA**
Catedrático de Literatura e Instrucción Cívica
del Colegio Nacional de JUNIN (Buenos Aires)

A **Julio García Morejón**, fraternalmente.

La concepción del paisaje, como elemento estético, tiene dos direcciones necesarias. Una clásica y otra romántica.

Por la primera, el individuo es espectador y crítico del suceso natural. Lo contempla para describirlo. Lo entiende como visión. Lo razona como pluralidad. La actitud humana es, pues, lógicamente, analítica por racional. Y es descriptiva por la clasificación que hace de los elementos que componen el cuadro.

Esta manera de ubicarse ante el paisaje viene de muy antiguo, en literatura. La que se tiene por moderna, es la otra, la romántica. Aquélla hace de la Naturaleza un proscenio, un fondo de escena, un campo de acción para la acción del individuo, del sujeto. Y el paisaje no es sino **"un medio para realzar al hombre"**, como opinó Unamuno.

Hay también una interpretación de la Naturaleza refiriéndola a Dios. O lo que es lo mismo, una interpretación de Dios por sus versiones, expresiones o traducciones en el lenguaje y la armonía de lo natural, viviendo. Es ésta la valoración — también o todavía clásica — del paisaje como **"principio autónomo e inmanente"**, según se ha dicho. Y se ha dicho también que es **"la corriente renacentista de identificar a la Naturaleza con Dios."** Los místicos españoles dieron, de ella, válido y cálido testimonio.

Cuando se estudia el paisaje en Garcilaso, puede verse — como ya lo dijo Alonso Zamora Vicente, siempre sabio — que el individuo reacciona sentimentalmente, ante el suceso de la Naturaleza. En amor por ejemplo, **"el paisaje se mueve en función de la amada"** y es que, además de ser **"fondo obligado a las escenas que narra el poeta"**, se lo hace razón y parte de la emoción que lo conmueve. Si hay o no, en esto, algo de panteísmo, podría discutirse. Pero sí puede afirmarse que hay, en sustancia y en maneras, una prelusión romántica. Porque Garcilaso anticipa la sensibilidad y la modalidad de los románticos. Y es bueno repetirlo, sin ambages. Tanto por su concepción **"sentida"** del paisaje, cuanto por su modo de sentirlo, como voz

y como alma. Incluso porque se deja penetrar por el drama de la Naturaleza, identificándose con él y dándole a resonar el propio. He ahí ese vaho, esa niebla suave que envuelve toda la poesía de este toledano, pensativo y floral, que tan maravillosamente se entristece y llora, en el ámbito de la Naturaleza, como nadie antes de él, en castellano, en la égloga temblona de sus selvas intensas.

La concepción romántica de la Naturaleza proviene de esa definición sentimental del paisaje. Tiende a producir efectos. Se vale del tema silvano como recurso lírico. Es decir: Como elemento — o argumento — viviente y convivido. El sujeto no analiza el cuadro en su pluralidad de presencias policromas y polifonas. No lo administra racionalmente. Lo siente. Lo palpita. Incluso lo "oye", como se dijo de Garcilaso. Y maneja, así, una técnica de consustanciación espiritual con lo telúrico. Tal como si el paisaje, en vez de ser lo objetivo, lo extraño, lo ajeno a la individualidad, fuese su prolongación, su resonancia, su proyección. En suma: Que el paisaje se humaniza, cobra entidad, entelequia. Deja de ser espectáculo, para ser parte sentimental del sujeto. Y éste se siente, se oye, se deslinda en el panorama. Todo con la dulzura quieta, apenas moviente, casi triste — o cuando menos, entristecida — con que el alma del paisaje fluye de la honda suavidad de la Naturaleza. Y de tales contagios recíprocos resulta toda la materia característica de lo romántico: Media luz por dentro y por fuera, reposo, sombras morales y de las otras, tonos leves, cierta pesadumbre amansada, ternura, sensibilidad de antena, algo de claridad sin deslumbramiento, soledades, desnuda vibración y un poco de congoja. Al fin: Drama del corazón, entre colores y voces de la Naturaleza, que ayudan a desahogar la atribulada pasión del individuo.

Cuando en Hispano América, en general y en el Río de la Plata, en particular, se comenzó a hacer literatura, estaban lloviendo, sobre el mundo espiritual del mundo, aquellas aguas que se dijeron "neoclásicas". Y habían llovido ya las de la decadencia del siglo de oro. El barroquismo había ayudado a formar el aguachirle de las primeras expresiones literarias de la América Española. Los altos signos de Sor Juana, del Inca Garcilaso y de Alarcón no redimen el clima, porque más están fuera que dentro del ámbito criollo, perteneciendo, como pertenecen, a las dignidades de la literatura castiza y madre.

Pero el paisaje inigualable de nuestra tierra gravitó, desde el principio, en el alma de los hombres y en sus palabras. La descripción de la flora y de la fauna, de los ríos, valles y montañas, es esencial en las obras iniciales porque fué inicial en la inevitable contienda del hombre con el medio. Y el medio, aquí, no podía ser dominado. Tuvo que dominar y dominó. Todavía domina. Incluso en los modernos. Porque la tropicalidad, la prodigalidad y la variación eclógica rigen — con el total poder de su fuerza estupenda — las conductiones espirituales del hombre americano, en su paisaje. Desde

Hernán Cortés, cronista, asimilado al aire conquistado, hasta Rubén Darío y Leopoldo Lugones, conquistados por el aire que asimilan. Y sin olvidar a Andrés Bello ni a Chocano ni a Neruda, que tanto valen y prueban.

Aquello del "neoclasicismo" — no es del todo certera, la palabra... — fué lijándose, borroneándose hasta transformarse en lo que ya está dicho: Concepción romántica del paisaje. Porque así contribuyeron a imponerlo las corrientes que ingresaron en América por la difusión de las lecturas oportunas. Y también inoportunas. Y entonces, la Naturaleza comenzó a ser medida de otra manera. Conviene decirlo: Dando cauce individual a sus inatajables vigencias. Que no fueron, por ello, menos vigentes. Ni menos verticales sus gravitaciones, conductoras y resolutorias en todo caso. Como que el paisaje no deja de serlo, nunca.

La pampa nuestra, la pampa argentina no tiene comparación, como paisaje, con ninguna otra tierra de llanura. Ni siquiera con la de Castilla, que pudiera arrimarle algún parentesco bucólico. Es el desierto fértil. Henchida de promesas, la carne fecunda de su vastedad ilimitada. Quien are y siembre en ella, siempre recogerá los frutos de su espera. Porque la pampa es tan madre que premia incluso eso: La espera. Que suele ser más de la mitad del trabajo de hacerse rico, sobre su haz infalible. Lo que pueda faltar, lo pone el cielo. Y a veces, basta con que garúe...

No es que los escritores coloniales permanecieran indiferentes ante la Naturaleza, como creyó Enrique Williams Alzaga. Es que su manera de actuar frente al paisaje, es distinta de la romántica. Como lo fué en todas parte y lo será en todo tiempo. Y la pampa, como muy exactamente ha dicho Miguel D. Etchebarne, entró en la literatura rioplatense, precisamente con lo romántico. Porque no es menos cierto que, hasta entonces, no hubo literatura en serio, junto al Plata. Hasta entonces, Méjico y Lima, derivada ésta, muy poco, hasta Córdoba, estaban comandando el alma de nuestros hombres y su cultura. Por razones de su prioridad estudiosa y virreinal. Lo que ya es tema consabido y consagrado, sin cuestión.

La pampa es una llanura inmensurable. No digamos de esta pampa de ahora: Señalada por montes chacareros, por pinares de cultivo y de comercio; tajada por caminos, hendida por carreteras de macadam; encarcelada por alambrados que cuadriculan sus tierras labrantías y la convierten en un tablero de ajedrez verde: El verde ajedrez de la esperanza donde también hay reyes jaqueados, reinas veleidosas, que giran hacia los cuatro rumbos del capricho, caballeros de galope madrugador, alfiles peligrosos y modales al soslayo, torres amenazantes y una pléyade heroica de peones que, paso a paso, a veces en diagonal, van acercándose a las líneas contrarias, buscando — ellos también — coronar sus razones, por obra del trabajo y la paciencia activa, que son la forma más clara de la moral hacia un destino.

En la inmensidad de su llanura, la pampa tiene toda la gama de los climas necesarios. Desde el aire frío, casi duro, de tan recio, hasta el otro, caliente, reverberante, que se le cae encima, haciéndola crujir. Y se ha dicho de ella que es extensa como un mar. Pero ha de ser más honda. Porque es más alto su cielo. Y ha de haberlo sido más, en ancho y en hondo, cuando no le habían plantado todavía estos árboles de las campañas forestales y del afán civilizador al tanto por ciento, que vinieron a mercar con el alma de los hombres, con la sangre encendida de la tierra y con la distancia insuperable...

La pampa es bravía. Como una hembra arisca. Inhóspita. Colmada de lejanías imposibles. Sus cielos diáfanos están hechos de luz y de altura sin altura. La comba celeste no baja ni asciende sobre el horizonte. Está puesta allí. Quieta. Inmensa. Y alerta. Porque el horizonte tiene que mantenerse abierto e inasible. El hombre que transita bajo ese cielo imponente, tremendo, sin fondo, siente la plenitud gravosa de esa presencia. Y no puede sino encogerse. Callarse. Entonar sus párpados, para no encandilarse por la resolana.

Cuando viene la noche, la pampa es un universo de rumores negros. El aire se hace visible, como si tuviera cuerpo, como si estuviera al alcance de la mano, palpable. El transeúnte solitario se echa a andar y anda: Inmerso en el espeso mundo de las sombras. Es introverso, como si presintiese que el único corazón viviente es el que late bajo su pecho tranquilo, en el fondo de su sangre despierta. La pampa nocturnal no tiene distancias. Siempre acaba "ahí no más": Como si al mínimo galope, jinete y cabalgadura fuesen a desplomarse en el abismo que siempre amenaza haber, detrás del horizonte, si pudiésemos llegar hasta su raya, cercana, ahora, en la presunción — mala consejera! — de la noche invencible. El cuadro eclógico se hace nimio. Se aprieta en soledades intensas. Todo está "ahí no más", sin estar en parte alguna. Las voces de los pájaros no están. El canto de los grillos, si es la época, pulula, merodea: Juglar absurdo para una serenata sin destino. A veces, el aire se mueve y pareciera que murmurara. No dice nada. Chismea. Porque cuenta lo que no es cierto. O lo que no le han dicho. El aire, a ciertas horas y en ciertos sitios de la llanura, suele ser un fabulista loco...

Si llueve de día, el aire se pone gris de agua revuelta. Es un muro de cristal que se derrumba. No se sabe desde qué altura. Pero ha de ser desde muy arriba. Porque el techo plumoso tampoco sugiere la hondura de su fondo infinito. Y a veces, es tan espeso como si también estuviese "ahí no más", a la altura de la mano levantada hacia él.

Y si llueve de noche no parece que lloviera sino que el aire y el hombre estuviesen sumergidos en un mar de agua viviente. Agua vertical, a ratos y a ratos, revuelta en hilos agitados desde todos los rumbos de la sombra. La lluvia nocturna, en la pampa, a ciegas, es un agua redonda. Y si sopla el viento, venga de donde viniere, pega

como un látigo y se oye el rezongo del verdugo ideal, tremendo, en el eco, rodando en la oscuridad total. Un relámpago o un rayo iluminan patéticamente el cuadro: Queda, por un segundo, la visión estática, estatuada, infernal, de figuras, árboles, distancias, pastos y de los cristales colgantes del agua: Todo en plata mórbida, encendida, fulgurante. Los ojos de los seres que aparecen al fogonazo formidable, tienen una profundidad hacia afuera, de locura incandescente.

Los pastos naturales o los de cultivo, según sea, colorean — de verdes diferenciados — la vastedad inabarcable de la pampa. Las ciudades crecidas al conjuro de aquella expresión de Sarmiento, tan divulgada, “civilización y barbarie”, en opuesta dirección y en fragorosa contienda, han ido loteando, enmarcando esa perspectiva fecunda y gigante de la llanura brava. No sorprende, pues, ahora, la cola humeante del tren, que perfora la lejanía, que la penetra, como poseyéndola en nombre de un mensaje. Mensaje que, casi siempre, se vuelca en puertos ajenos, en monedas de otras patrias y hasta en divisas que suelen no ser tan claras como el alma criolla que las paga... Porque tampoco sorprende, ahora, sobre la raya del horizonte, casi atado a un deslinde preciso, la fumarola de una chimenea, como lengua en el aire, para el lenguaje de una industria con rótulos foráneos. La grandeza necesaria de la Patria le ha pedido, a la pampa, su vientre tremendo y ella lo presta para esos partos mayúsculos, aunque no siempre auténticos, de esa fornida grandeza material de la República. La misma grandeza material que, alguna vez, habrá de servirle al hombre de la Patria para alzarse hacia los demás hombres del mundo y demostrar, para siempre en la historia de las comunidades civilizadas, cuál es, de veras, la dimensión legítima de la vida, por las raíces totales del trabajo: Unicas y cabales, para que la libertad del hombre sea posible, bajo el signo de Dios, sobre el haz de las tierras propicias y madrinas.

Pero esa medida sin medida de la pampa; esa majestad de sus soles, de sus cielos, de sus astros, de sus horizontes huidizos y sus reverberos, de sus rayos tajantes y de sus verdes florales; toda esa inmensidad indomable, al hombre, lo cancela.

No es que lo cancele en su vigor labriego. No es que lo apague en su afán pujante por conquistar la espiga, madurándola en la grandeza milagrosa de la semilla generosa. No es que lo anule en su vocación de exaltarse, en el tiempo, afirmándose en la tierra para trascender el día, por el resorte del esfuerzo. No es que lo niegue, envolviéndolo en la espesura de sus aires, ennegrecidos de noches sin estrellas y hondísimos de estrellas, en las noches transparentes. Tampoco es que lo ahogue en el bochorno de las siestas flamígeras. Ni que lo agoble, oprimiéndolo en el vidrio crujiente de sus lluvias torrenciales. Ni que busque desmoronarlo, en su fe, bajo la metralla traidora del granizo. No es eso.

como un látigo y se oye el rezongo del verdugo ideal, tremendo, en Y le transfiere sus tintas. Inequivocamente copiadas.

El hombre en soledad, en esa soledad cósmica de sentirse solo ante el universo, busca comunicarse con lo que le rodea. Dándole un ser. Creándole entelequia. Fraternalizándolo. Homologando los jugos, las almas posibles, el corazón de las cosas, para que el suyo no se venza en el vacío.

Cuando el ámbito es la montaña, sobre todo la montaña gigantesca, como los Andes, que llegan hasta el cielo y lo horadan, el hombre tiene, en esa soledad, la compañía del eco, la voz del ventisquero, la insinuación de la nieve como florecida, en eucarística primavera, a las puertas de Dios, allá en la altura. Y están los pájaros invictos, cimeros y señeros, con su presencia, leal o desleal, pero despierta, avisora. Y se oye, como en diálogo brujo, lo que murmuran los ríos que bajan por la ladera. Y el sol o la luna o el aire, juega a estar y no estar, entre las moles seculares. Y las quebradas son cordiales. Y los valles son acogedores. Y hasta hay un desfile de banderas ilusionarias, etéreas, en los colores que el aire hace flamear, como moviendo un arcoiris mutable, ingenioso, sorprendente. La noche, en la montaña, tiene voces y hasta clamores. Las sombras viven. Porque viajan. Y acompañan. El hombre en soledad, entre las peñas, siente que no está solo. Hay una dinámica entera, fantástica, que trabaja en torno suyo. Y le puebla de sugerencias. Haciéndole gozar o haciéndole sufrir. De cualquiera de ambos modos, se vive. Y allí se vive a fondo. Cara a cara con ese "algo" que se mueve, así. Y el hombre vive tan a fondo que puede hasta enloquecer. Es decir, superar la vida, aventajarla en el delirio, librándose de la razón de pensarla, que es la razón de sufrirla. Y por lo tanto, de entenderla...

La serranía, la montaña de mayor imponentia, siempre está habitada de pájaros locuaces. Y tiene alimañas de todo pelaje. Bichos y bicharracos. Seres que van y vienen. Que suben y bajan. Que tienen — sin duda — su lenguaje de amor y que aman, para tener qué decirse. Y es frecuente la casuca solidaria y protectora, a la vera del sendero anónimo y estrecho. Y es frecuente el vuelo, diurno o nocturno, del ave nerviosa. Y a su tiempo, hiende la brisa el gallardete suelto y colorido de la mariposa, en alas del aire, que no en las propias. En la sierra, siempre hay quien comparte la soledad humana. El eco tiene corazón y, a veces, lo oímos en el nuestro, oyéndolo latir en el silencio aromado, nunca quieto del todo: Porque una rama en flor, un nido abierto, un ala o un gorjeo, lo promueven hacia la vida y vive, latiendo.

En el bosque, todavía más, el hombre anda como del brazo con las cosas que le rodean. La flor, el pájaro, el regato, las alimañas diestras o siniestras vibran en el rumor de la fronda. Nunca hay un silencio total, absoluto. Porque el silencio se hace oír, hasta de noche, en una especie de armonía idealísima y susurrante, en voz de

agua o de arrullo. Armonía victoriosa entre lo que es el bosque, como presencia en pie y lo que es el alma de su vida, como presencia de Dios.

La montaña cambia. Tiene su "horario" paisajista. No es nunca la misma y varía sus luces, sus sombras, sus cromos y sus tonos. La serranía tampoco es idéntica. Los meses la transforman. Las hadas y las brujas, en competencia lírica, le mudan su indumento sugeridor y la hacen doncella o viuda, según los aires que la visiten. El bosque hombrón tampoco es igual a sí mismo ni en sí. Hora por hora, con sus músicos pobladores y parleros, hace y deshace la leyenda de su mundo y Pan conjuga sus milagros nupciales, a la vera de los ríos, cambiantes y espejantes.

La pampa es una sola. Y es ella sola. No tiene pájaros propios. Ni tiene árboles suyos, donde acoger los nidos impostergables. El ombú que la tipifica no es un árbol. Es un símbolo. Algo que no puede repetirse, procreándose. Está en el paisaje como nacido con el paisaje. Llegado con él. Sin edad. Con un tiempo sólo: El de su muerte. Silencioso, él también. Majestuoso en la lealtad de su sombra imbatible. Pero mudo. ¿Pensativo.? ¿Augural.? Esperanzado no! Porque el ombú es una idea de árbol. Remembranza de una edad de Dios que sólo Dios abarca y rememora.

El hombre de la pampa no puede, pues, ser locuaz. No tiene interlocutor posible. La distancia que lo envuelve es tan inmensa y tan extensa, que se siente encogido. Porque se siente anudado al centro del paisaje, clavado en la tierra, podado en su vuelo necesario. Si atina a levantar la vista al cielo, el cielo se le desploma adentro, con toda la fuerza de su altura hondísima y tamaña. Si alguna vez gritó, para consolar su soledad, los ogros del aire sin fondo devoraron su voz. Y nadie comprendió ni vino a sumarse a su tribulación soledosa.

El hombre de la pampa no puede ser vibrante. Tiene que ser paciente. La distancia, cuanto más larga, más hace a la paciencia llegar. Sabe además que hay poco que pescar y poco que cazar. Por eso sabe que el pan hay que hacerlo con la mano, desde las iniciales de la siembra. Y el trabajo es lo augusto de su paciencia. También sabe que el río no viene y que hay que ir a buscarlo. Y que la leña protectora, por si el viento duele, no está cercana ni es mucha. Y que si llueve o si hay sol canicular, sólo la hombría de ser varón, curtido y fuerte, ha de ampararle, para que el rigor del chubasco o la brasa solar no venza sus vigos.

La caracoleja dimensión del hombre no puede medirse, en ningún otro sitio, tanto como en la llanura formidable de la pampa. Y entonces, el hombre de la pampa sabe, cósmicamente, cuál es la soledad del hombre. Sabe su miniatura. Misérrima, poblada de palabras que han de morirle en las raíces. Y el hombre, ahí y así, tiene que *desangrarse de silencios*. No puede ser cantor. ¿Para qué? ¿Y cómo.

bajo semejante apretura de lo magnificente.? Pájaro mudo es y será, aunque se le hayan prestado los cantos de una épica que, teniéndolo por su protagonista certero, no pueden transferirle un lirismo que el paisaje le ataja, oprimiéndole. Porque el canto ha de ser compartido para que merezca ser comprendido. Y el corazón del hombre de la pampa auténtica es el corazón de la soledad entera.

El paisaje de la pampa no incita a cantar. Hace doler. Y el dolor no lleva al canto. Lleva a la meditación. Lleva a volcarse en sí mismo. Hay mucho Dios, en la inmensidad pampeana, para que le quepa al hombre, en su sola medida. Los temas de la poesía que se dice de la pampa, son — sí — de ella. Pero los cantores no. El mérito esencial de este paisaje se resuelve en pensamiento. Por ello es que "Martín Fierro" busca ser y hacer una filosofía. Para una moral del hombre en las comunidades. Y de estas comunidades han venido esos cantores — incluso Hernández, dígame lo que se quiera — para descubrir, en la soberbia lección del paisaje pampa, la suficiencia suprema de una majestad que no pueden sospecharla las ciudadanías...

La égloga pampeana no tiene de lirismo sino lo que haya, en sus aires, de corazón compartido. Lo demás, en toda la bravura de su soledad, de su orfandad, de sus ecos sin ecos, es una cátedra vital y vitalicia para el destino del hombre y sus fatigas. Entonces, la virtud estética de la pampa es la de un egregio valor moral. ¡Ética viva, pues.!

JUNIN (Bs.As.) 8 de diciembre de 1955.